

LA IDEA

SEMANARIO REPUBLICANO SE PUBLICA LOS SABADOS

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Sixto Ramón Parro (Tripería), 27, teléf. 133

Toda la correspondencia se dirigirá á la Administración.

Los originales que se remitan estarán firmados y no se devolverán.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Toledo, un trimestre.....	1,00 pesetas.
Provincias, id.....	1,50 »
Número suelto.....	0,10 »
Anuncios y comunicados á precios convencionales	
Pago adelantado.	

EL CULTO DE LOS MUERTOS EN ROMA

Antiquísima es la costumbre de consagrar unos días á la memoria de los muertos, visitar sus tumbas, y ofrecerles como tributo de doloroso recuerdo, ligeras ofrendas, que son siempre depositadas sobre sus frías cenizas.

El 21 y 22 de Febrero eran en los primitivos tiempos de Roma, los días señalados para venerar á los difuntos, y las fiestas que en ellos se celebraban recibieron los nombres de *Feralia* y de *Caristia*.

En el primero de dichos días, ó sea cuando se celebraban las *Feralia*, todas las ceremonias quedaban suspendidas, se cerraban los templos de las otras divinidades, y los sacrificios no podían realizarse más que en los sepulcros.

Los cementerios propiamente dichos no existían en aquellos tiempos en la populosa Roma, y como sus habitantes no conocían la perniciosa influencia que puede ejercer en la salud pública de una ciudad, el enterramiento de los cadáveres dentro del seno de la misma, eran éstos sepultados la mayoría de las veces á los lados de las grandes vías y carreteras que, con sus sepulcros y mausoleos, llegaban á formar larguísimas calles.

Todavía pueden contemplarse algunos restos de la famosa vía *Appia* ó vía de los muertos, que por la suntuosidad de sus panteones y magnificencia de sus sepulcros, era en aquella monumental población uno de los sitios que atesoraba mayor cantidad de bellezas arquitectónicas. Y, en Atenas, se descubrió hace muy pocos años, una calle formada exclusivamente por monumentos funerarios, lo que nos demuestra que también allí debió existir esta misma costumbre.

Ya que hablamos de soberbios mausoleos no podemos menos de citar el del Emperador Adriano. Sin duda alguna puede ser considerado como una joya artística de inestimable valor.

Este grandioso monumento, quedó casi destruido cuando Roma fué atacada por los godos. Los sitiados lo utilizaron como baluarte, y no disponiendo de otros medios de defensa, arrojaban los mármoles sobre el ejército enemigo; de esta manera, aquellas obras de arte que antes habían causado la admiración de todos y en las que el artista había derrochado su inspiración y su genio, fueron convertidas en mortíferos proyectiles que aplastaban las cabezas de los bárbaros, sembrando el terror entre sus filas.

¡Triste destino el de aquellas pobres estatuas!

¡Nacisteis encadenadas á la tumba de los muertos para acompañarlos en su eterno y profundísimo sueño. Arrastrábais una vida tan triste y melancólica como la de los cipreses que os rodeaban, y nadie osaba turbar el reposado silencio de que gozábais á no ser la llegada de algún cadáver que entregaba su cuerpo á vuestra custodia!

¡Pero llegó un día en que los hombres ebrios por el fragor de la lucha asaltaron vuestra morada, y su instinto de salvación hizo que no vieran en vosotros las manifestaciones del genio, los divinos encantos del arte, los progresos de la humanidad, la vida entera de la sociedad retratada en vuestros semblantes, sino pesadas piedras que, lanzadas al campo enemigo, habían de causar grandísimos destrozos!

¡Tal fué vuestro fin!

Habéis nacido con los difuntos, vivisteis con ellos, el destino no quiso tampoco separaros en la hora de la muerte.

¡Los destrozados restos de aquellos mármoles esculpidos, fueron recogidos juntamente con infinidad de

corpos humanos cuya vida no había podido resistir á la rudeza de sus tremendos golpes!

Mientras duraban las *Feralia*, los romanos visitaban los sepulcros, depositando en ellos granos de sal, pan remojado en vino, y algunas violetas, todo encerrado en una vasija, y después pronunciaban sacramentales palabras para aplacar la cólera de los *Manes*.

Cuenta el elegante poeta Ovidio, en una de sus más bellas producciones que, empeñados los romanos en largas y cruentísimas guerras, se olvidaron de rendir homenaje á la memoria de los muertos y de llevarles sus ofrendas en los días para ello señalados, cuando una terrible epidemia asoló completamente la ciudad.

Los cadáveres, abandonando sus silenciosos lechos, recorrían los campos y las calles en forma de horribles fantasmás, y aquellos bravos ciudadanos cuyo empuje no había podido resistir ningún ejército de la tierra, temblaban de espanto ante los quejumbrosos gritos y plañideros lamentos que exhalaban los espectros, como prueba evidente del profundo dolor que les había causado el arrebató incalificable de sus derechos.

Convencidos los habitantes de Roma de la magnitud de su falta, y comprendiendo que los *Manes* debían hallarse muy irritados cuando enviaban aquellos castigos, celebraron solemnísimas fiestas en honor de los difuntos: terminados los funerarios ritos, desapareció inmediatamente la epidemia, los esqueletos volvieron á sus tumbas, y el aire dejó de transmitir el eco de los pavorosos alaridos.

Formaban notable contraste con las ceremonias anteriormente descritas, las fiestas llamadas *Caristia* ó de la *Cara Cognatio* que se celebraban al siguiente día y para honrar también la memoria de los muertos.

Los romanos—durante el tiempo en que tenían lugar—se entregaban completamente á las danzas y á los banquetes, presentando la mayoría de sus casas animadísimo aspecto.

¡Hermoso contraste ofrecían aquellas lujosísimas viviendas en el día de estas alegres solemnidades! Al final de los banquetes se pronunciaban fogosísimos discursos, recordando los hechos más importantes de la vida de los difuntos, así como también las buenas cualidades de que se hallaban adornados, y aunque parezca increíble, aquellas fúnebres oraciones eran interrumpidas constantemente por los furiosos gritos de los comensales que, exaltados por la influencia del vino, cometían toda clase de excesos y atrocidades.

Tal era el carácter de aquel gran pueblo de la antigüedad, el más civilizado de su época. Tal la manera de ser de aquellos habitantes, que lo mismo se entusiasmaron ante el chasquido del látigo que anunciaba la salida de los hombres y de las fieras al campo de la lucha, aplaudiendo frenéticamente los terribles golpes de algunos gladiadores que ocasionaban la muerte de sus enemigos, como se estremecían luego de lástima al contemplar los destrozados cadáveres de sus víctimas.

Como parece lógico las *Caristia* dejaron de celebrarse, y hoy sólo se conservan algunas prácticas de las *Feralia* aunque algo modificadas por el progreso y la civilización.

CÉSAR MORALES HIGUERA.

SEMBLANZAS SOCIALES

II

El médico farsante.

Otro tipo que no deja de abundar en el noble ejercicio de la medicina, es el del *médico farsante*.

Procede unas veces de familia linajuda ó rica y otras

de padres de regular posición social, pero que han tenido el pensamiento desdichado de sugerir al hijo la idea de que siempre es más el que más tiene, y ellos tenían más en comparación de otros. En último caso es la variante de médico que nos ocupa, una cosa *sui generis* que descartando influjos de la sociedad y la familia, ha nacido con predisposición manifiesta á la necedad.

Adolescente, recuerda con frecuencia las glorias de su familia y se envanece con el capital de sus antepasados y sus presentes; es menos afectuoso que el resto de sus compañeros, entre los que establece categorías, cosa contraria á la naturaleza, en edad en que todo es bueno y bello, y hace una distinción buscando sus amigos entre los que por su posición social puedan servirle mañana de algún provecho: este es su *initium*.

Alumno de Facultad, rebusca entre sus relaciones, más ó menos legítimas y *cordiales*, quien pueda ser amigo del profesor ó profesores, con ánimo de que haga la amistad lo que no puede realizar el propio valer; procura ser el Tenorio de la hija de su catedrático; cuida mucho su persona, se arregla el bigote, tiene una *toilette* minuciosa, con objeto de ser agradable, calca sus trajes en el último figurín, asiste á los estrenos, es individuo de cualquier sociedad incipiente donde no se le oye hablar y mucho menos razonar, lo cual no obsta para que en la mesa del café se presente á sus amigos como autor de temas de discusión é iniciativas útiles para la ciencia universal. Su éxito depende de que sus compañeros de juerga intelectual sean de la misma manera, ó, por el contrario, de que entre ellos haya alguno que tenga ojo psicológico capaz de conocer, después de las averiguaciones necesarias, que el sujeto en cuestión es el que en la fábula se viste con plumas de pavo real; entonces el fracaso es inevitable.

En continuados vaivenes sigue su carrera que suele ser de obstáculos y con mal resultado muchas veces, que él para conseguir la apoderación de la voluntad de su padre, remedia corrigiendo la calificación de la papeleta de examen, con algún *cloruro* que permita poner sobre la auténtica otra artificial.

Eso sí, como en la papeleta dice el interesado lo que quiere, si el *producto* es de provincias, nunca falta un periódico local que haga el elogio del fracasado.

Ya *médico*, y aquí empiezan los agravios á la sociedad, el licenciado en cuestión se dedica á todo género de *sport*, con cierta facilidad ó inventa estas aptitudes si no las tiene: maneja el automóvil, monta á caballo, va asiduamente al teatro, explota en provecho suyo las relaciones de su familia; es socio de toda asociación artística, literaria ó de recreo; se hace amigo ó procura serlo de todos los prohombres de la política actual ó venidera, y se presenta á la generalidad como autor de *píldoras rápidas* ú otros procedimientos exclusivamente suyos para *yugular ó estrangular* las enfermedades en su origen, ¡Oh poder del talento!

Entre los profanos *hace el artículo* dando conferencias médicas, y entre los médicos sólo habla de caza ú otro *sport* de los muchos que cultiva.

No suele ser buen compañero, y aun disculpándose *á posteriori* acepta cualquier asistencia empezada por otro para encontrar en ella motivo de exhibición.

Erudito á la violeta, todo conoce y todo lo ignora y seguramente no escucharéis de él en el curso de su vida un razonamiento que convenza; pero la atmósfera social en que por el halago de los demás vive, le da campo para destacarse, es claro, no por la importancia de la personalidad, sino porque los que le rodean valen menos y se dejan suggestionar.

El autor de este estudio conoce un caso, vivito y co-